



HOMILÍA XIX DOMINGO TIEMPO ORDINARIO

11/VIII/2024

Muy queridos hermanos:

Los evangelios nos cuentan los dichos y hechos de Jesús. Todos conocemos los diferentes títulos que sus amigos dan a Jesús, y los que el mismo Jesús se da: Jesús, es el Buen Pastor; Jesús es la Puerta; Jesús es el camino, verdad y vida; Jesús es el agua viva, y así sucesivamente, pero hoy la liturgia de la Palabra nos invita a la figura de Jesús como Pan de Vida Eterna:

- El profeta Elías está convencido de que es un fracaso y huye para salvar su vida al desierto. Entonces se deseó la muerte y exclamó: “¡Basta ya, Señor! ¡Quítame la vida, porque yo no valgo más que mis padres! Sin embargo, un ángel de Dios lo despierta de su depresión y lo consuela ¡Levántate, come!”. El profeta “comió y bebió” y el Señor le da otra orden: levántate, porque el camino es largo. Así lo hizo, y llegó al Monte Horeb, la montaña de Dios. Este acontecimiento es una figura, una profecía de lo que escucharemos en el evangelio. **Elías** representa a cada uno de nosotros; **el pan** representa la eucaristía; **la persecución** representa las contrariedades de la vida; y **el monte Horeb** representa el cielo, nuestro destino definitivo.

- El salmista agradece a Dios por la liberación de los problemas, invitándonos a «*Probar y ver que el Señor es bueno*» (Salmo 34,8).

- En el Evangelio, los enemigos de Jesús se quejan de Él, lo critican de forma despectiva, tratar de tergiversar sus enseñanzas. Jesús, sin embargo, desafía directamente sus críticas: Él es el que ha venido a revelarles al Padre. Jesús enseña que Él mismo es el verdadero pan vivo del cielo; pan que da vida para siempre.

Por tanto, queridos hermanos, hoy consideraremos este misterio de fe: Jesús, hasta que venga por segunda vez, para juzgar a los vivos y muertos, quiso quedarse, en medio de nosotros, como alimento, bajo las especies de pan y vino.

En esta hora, que dura la Santa Misa, estaremos, de alguna manera, en el cielo, pues celebraremos el misterio pascual (muerte y resurrección de Jesús). Cristo se hará realmente presente en las especies eucarísticas: cuerpo, sangre, alma y divinidad y lo recibiremos en la comunión. ¡Una hora de adoración, acción de gracias y petición! En las sacristías de muchas iglesias antiguas, se colocaba un letrero, con el siguiente pensamiento: “**Sacerdote: celebra esta misa, como si fuera la primera, la única y la última**”.

Un gran santo de la Iglesia, el cardenal Newman, que era pastor anglicano, antes de convertirse al catolicismo, tenía un excelente salario, un amigo le dijo: piensa bien lo que vas a hacer. Si te haces católico, pierdes todos tus ingresos... Newman le respondió: ¿y que es un gran salario en comparación con una sola comunión? Newman supo elegir muy bien: entre un salario y una comunión, porque sabía muy bien a quién se recibe en la comunión.

Otro gran santo, San Manuel González, llamado el obispo de los sagrarios abandonados, instituyó un grupo, el 4 de marzo de 1910, con estas palabras: “*Os pido una limosna de cariño para Jesucristo Sacramentado... os pido por el amor de María Inmaculada y por el amor de ese Corazón tan mal correspondido, que os hagáis las Marías de esos Sagrarios abandonados*”, pues, en aquel momento, no había mucha fe ni devoción eucarística. Lamentablemente, tampoco hoy, Jesús es abandonado en el Sagrario. Queridos hermanos, espero que, en esta comunidad parroquial, no permanezca Jesús solo por mucho tiempo. Él se ha quedado, para que le adoremos, le hablemos y él escuche nuestras confidencias.

Consciente de los beneficios que nos concede la Santa Misa, la Iglesia, que es nuestra madre, nos obliga a participar dominicalmente en ella. En efecto, así dice el primer mandamiento de la Iglesia: Asistir a Misa todos los domingos y fiestas de preceptos. Aquí, en Venezuela, tenemos dos fiestas de preceptos: la solemnidad del nacimiento de Jesús, el 25 de diciembre; y la Solemnidad de la Maternidad Divina de María, el 01 de enero.

He hablado de obligación, pero debe ser algo más profundo: necesitamos venir a misa, necesitamos escuchar la palabra de Dios, encontrarnos como hermanos, recibir la comunión, para superar todos los obstáculos que se nos presentan en nuestra vida cristiana, y así poder llegar al cielo, como hizo el profeta Elías, y es narrado, en la primera lectura.

Es necesario que vengamos con buena disposición, con hambre eucarística; no se trata meramente de cumplir un deber. Recuerdo una bella anécdota que quiero compartir con ustedes: En una reunión, una persona preguntó: ¿Cuál es la comida de la que guardas un buen recuerdo? Un hombre se levantó y dijo: La mejor comida que yo he hecho a lo largo de toda mi vida fue durante la segunda guerra mundial después de una noche de batalla. Subí a tropezón la colina y allí vi a una mujer de la Cruz Roja con su carrito en un campo lleno de barro. Estaba repartiendo pan y café frío. Cuando me lo dio, sonrió. Después de lo que había sufrido aquella noche, ese momento fue para mí la mejor comida de toda mi vida; Una buena comida tiene que comenzar siempre con hambre. ¿Hemos venido con hambre de Jesús?

Jesús quiere que lo veamos como PAN:

- PAN que satisface lo que ningún otro puede satisfacer: “*el que coma de este pan, no tendrá más hambre...*” (Jn 6,35)
- PAN que da vida: “*El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo.*» (Jn 6,51)
- PAN que nos ayuda a seguir luchando, pues es la fuerza en la dificultad; es el antídoto en la tentación; es la medicina de nuestra enfermedad; es la prenda de vida eterna.

¡La comunión lo es todo...porque es Jesús!

La Iglesia, teniendo presente las palabras de San Pablo, nos invita a realizar

un profundo examen de conciencia, antes de recibir la Comunión, para evitar dos tentaciones: el **laxismo**, que nos lleva a comulgar sin las disposiciones adecuadas; y **los escrúpulos**, que nos impide comulgar, porque no somos totalmente dignos de recibir a Jesús, porque somos pecadores. Estos últimos, se olvidan de las palabras que decimos, antes de comulgar: Señor, no soy digno...pero una palabra tuya bastará para salvarme; y lo que dice el Papa Francisco: *“la Eucaristía no es un premio para los buenos, sino que es la fuerza para los débiles, para los pecadores. Es el perdón, es el viático que nos ayuda a dar pasos, a caminar”*.

Queridos hermanos, muchos de nosotros vamos a comulgar, dentro de un rato y anticiparemos, de algún modo, aquel día en que nos encontraremos con Dios, al final de nuestra peregrinación en esta tierra. Y ese día, nos encontraremos a nuestra madre, la Santísima Virgen María. Pedimos a ella, que tengamos anhelos de comulgar devotamente, con nuestra alma en gracia, para parecernos, cada día más, a su amado hijo Jesucristo. Así sea.

+ 
✠ Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Cabimas



Prot. 2024/155